

INBOBILA

Lat 1200  
NFU - 6945

LATAPI, PABLO. Mitos y verdades de la educación mexicana/  
1971-1972 (una opinión independiente. México, CEE, 1973.

BIBLIOTECA



CENTRO UNIVERSITARIO  
DE INVESTIGACIONES  
BIBLIOTECOLÓGICAS

## México, País sin Libros \*

Tenemos derecho los mexicanos a la educación primaria, gratuita y obligatoria, pero no tenemos derecho a recibir del Estado —aparte de los textos gratuitos— un solo libro en toda nuestra vida. Los libros que hay en las bibliotecas de servicio público del país son muy pocos para nuestras necesidades: corresponden aproximadamente veinte lectores potenciales por cada uno de esos libros.

Con estas afirmaciones, verdaderas aunque deliberadamente sensacionales, quiero señalar un problema grave de nuestra política cultural: la pobreza de nuestros servicios bibliotecarios.

Es un problema serio para el futuro educativo del país. Y un problema que se agrava día a día no sólo por el crecimiento de la población alfabetizada, sino porque la lectura y el estudio personal son cada vez más necesarios según las tendencias que se observan en la evolución de los métodos de enseñanza.

Hay muy pocas buenas bibliotecas. Hay pocos libros. Hay tremenda escasez de personal preparado en biblioteconomía. Y sobre todo carecemos de un verdadero sistema nacional de bibliotecas, organizado, articulado y dinámico. Podría decirse que somos un país institucionalmente analfabeta; no hemos desarrollado aún una infraestructura de información para la difusión del conocimiento, conforme lo exige nuestro grado de progreso.

Suele decirse que un pueblo piensa en la medida en que lee. Y en México se lee muy poco. La alfabetización que la escuela logra aunque sea a medias, no puede aplicarse a una lectura digna de este nombre porque no hay libros al servicio del pueblo.

Revisemos los datos del problema ya que, incidentalmente, estamos en el Año Internacional del Libro.

\* \* \*

\* Excelsior 18 - VII - 1972.

¿Cuántas bibliotecas hay en México? El número, desde luego, **no dice poco** porque engloba instituciones sumamente diversas: según su dependencia y financiamiento hay bibliotecas federales, estatales, municipales y privadas; según sus características las hay públicas, universitarias (que a veces son también públicas), especializadas y escolares.

Prescindiendo de estas clasificaciones y atendiendo a su volumen, existen en el país 599 bibliotecas con más de mil libros; las que cuentan con menos de mil son 837; entre éstas hay muchas que han reportado 100 volúmenes desde su fundación y han permanecido estáticas por muchos años.

Según una encuesta reciente a la que contestaron 145 bibliotecas, sólo 3 tenían más de cien mil volúmenes; otras 4 contaban entre cincuenta y cien mil; y 13 entre veinte y cincuenta mil. Casi la mitad eran pequeñas bibliotecas con menos de dos mil quinientos volúmenes. Estos datos sugieren las características de los servicios bibliotecarios mexicanos.

El total de volúmenes existentes en 1968 en todas las bibliotecas de la república se calcula en 6 112 910.

No existe un criterio objetivo para determinar cuántos libros debiera tener un país. Lo que suele hacerse es dividir el número de lectores potenciales, o sea de personas alfabetizadas, entre el número de libros. Según esto en México había en 1968 un libro por cada 11.4 lectores potenciales.

Pero debe advertirse que la proporción resulta mucho más desfavorable si se consideran sólo los libros verdaderamente útiles a los lectores. Los expertos calculan que de los libros que existen, un 20 % son materiales antiguos provenientes de la expropiación de los bienes de la Iglesia; otro 20 % son libros obsoletos y semidestruídos; y otro 25 % son obras de interés meramente histórico. Quedaría, pues, un 20 % de libros de texto de todo tipo y un 15 % de materiales recientes y realmente aprovechables por el lector común. Según estos cálculos puede afirmarse, como dije al principio, que por cada libro en México tocan cerca de 20 lectores potenciales.

Este acervo de libros crece en unos cien mil volúmenes cada año. Pero se estima que un 60 % de los nuevos libros son donaciones o canjes, de manera que se vienen a comprar unos cuarenta mil volúmenes al año para alimentar los servicios bibliotecarios de todo el país.

El Departamento de Bibliotecas de la SEP no invirtió un solo centavo en compra de libros en los últimos siete años; sostiene, a un costo de más de tres millones de pesos anuales, muchas bibliotecas escolares, rudimentarias y semiabandonadas, cuya utilidad sería interesante investigar.

El personal que atiende las bibliotecas no tiene todavía la preparación que sería de desear. Según la encuesta ya mencionada entre 145 bibliotecas, había en ellas 222 personas que habían cursado solamente la primaria; otras 391 que habían estudiado enseñanza media o normal; 73 bibliotecarios técnicos; 10 licenciados en biblioteconomía y 83 profesionistas de otras disciplinas. A nivel de postgrado había 141 personas, concentradas desde luego en las grandes bibliotecas del Distrito Federal.

Los sueldos son bajos. Entre las 68 personas mejor pagadas, en esas 145 bibliotecas, 30 de ellas ganaban entre dos y tres mil pesos mensuales; 21 entre tres y cuatro mil; 11 entre cuatro y seis mil; y sólo 6 más de seis mil pesos. ¿Hay aliciente económico para dedicarse a esta profesión que requiere vasta cultura, varias lenguas y enorme dedicación?

• • •

Señalar este problema ante la opinión pública no es incriminar a nadie. Nuestra pobreza cultural no es sino otra cara de nuestras múltiples carencias. Hay en esto factores que no podremos superar.

Pero causa pesadumbre ver, en el metro y los camiones, que las pocas gentes que leen, lo hacen en historietas cómicas y fotovelas de temas idiotizantes y lenguaje primitivo. Yo me pregunto: ¿para esto alfabetizamos?

Hay que caer en la cuenta de un círculo vicioso: no hay buenas bibliotecas porque no hay hábito de lectura, y no hay hábito de lectura porque faltan libros. Es necesario romper este círculo mediante una doble acción. La escuela debe inculcar el gusto por la lectura; con esto sólo justificaría su existencia. La otra acción sería el mejorar sustancialmente los servicios bibliotecarios del país.

Esto implicaría: aumentar y adecuar los acervos de las bibliotecas a las necesidades de los lectores; establecer servicios de información y bibliografía; preparar programas especiales para niños y jóvenes; organizar discusiones sobre libros entre adultos; facilitar la cooperación interbibliotecaria. Si actualmente parece que la finalidad predominante de muchas bibliotecas es "que el libro no se pierda", habría que procurar que fuese por todos los medios "que el libro se lea".

• • •

En México estoy seguro que no faltan las comisiones, las dependencias, los organismos que deben velar por los servicios bibliotecarios; estoy seguro, porque si algo nos sobran son surta-

nismos para todo. Será la SEP, será el CONACYT, quienquiera que sea, estoy seguro que existe. Quizá lo que falta son las grandes políticas que esos organismos no pueden, por diversas causas, decidir.

A ese dios desconocido que sin duda existe, le dirijo estas cuatro plegarias: una nueva legislación sobre nuestros servicios bibliotecarios; la organización de un verdadero sistema nacional bibliotecario; el mejoramiento de los centros de entrenamiento del personal bibliotecario; y que se promueva por todos los medios —¡habría tantos!— el hábito salvador de la lectura.